

JUAN RICHEPIN

UN MILAGRO

Al tocador de mi amada
quise dar frescos aromas,
y cogí, formando un ramo,
claveles, nardos y rosas.
Sobre su rostro de cielo,
¡pueril é inocente broma!,
el rocío de las flores
sacudí con mano pronta.
Echó atrás, del agua huyendo,
ella su cabeza blonda,
y cerró, bien apretados,
los ojos que me enamoran.

Sotocada y encendida,
hinchó las mejillas rojas,
y sobre el húmedo ramo
sopló risueña y mimosa.
Las flores, al dulce soplo,
inquietas y retozonas,
rosas, nardos y claveles,
alzaron el vuelo todas
remontándose aturdidas
hacia la celeste bóveda.
Habíanse transformado
en aladas mariposas.

AL AMOR DE LA LUMBRE

El invierno pasado, ¡cuánto fué crudo!,
nadie de sus rigores librarse pudo;
pero un sol encendía nuestro aposento:
el amor, que nos daba vida y contento.
¡Cuán bien nos defendieron de las heladas
las paredes, de besos todas guatadas!
Los témpanos polares en viva hoguera
nuestro más leve soplo los convirtiera.
Mirábamos gozosos en los cristales
las hojas y las flores, jamás iguales,
que siguiendo del frío la cruel marcha
en jardines de hielo finge la escarcha.
Mirábamos el triste campo desierto
por sudario de nieve siempre cubierto;

y esa impresión penosa crecer hacia
con egoístas goces nuestra alegría.

Del país nebuloso de los catarros,
tosiendo y escupiendo, pisando barros,
venía, dando tumbos, el viejo Enero,
vertiendo el agua á chorros capa y sombrero,
y los perros hambrientos, enronquecidos,
le servían de heraldos con sus aullidos.
Le aguardábamos riendo tras la ventana,
y cuando nos tiraba copos de lana,
le decíamos:—«Entra, picaronazo;
ya verás si te espera flojo bromazo.
Tus narizotas, rojas como un pimiento,
se desharán al fuego de nuestro aliento.»

Y hasta que el sol brillante de primavera
traspasó con luz áurea nuestra vidriera
liquidando la nieve y el hielo entorno,
estuvimos tranquilos en aquel horno,
bien apelotonados y bien felices,
como en nido de plumas dos codornices.